

SUPLEMENTO INFANTIL DE EL BIEN PÚBLICO

Año II

Mahón 28 de Octubre de 1926

Núm. 117

LOS OBELISCOS

En la antigüedad tuvieron gran importancia estos monumentos, grandes bloques de piedra en forma de altas agujas, erigidas para solemnizar algún acontecimiento.

En Roma existen muchísimos desde la época de los Césares, y fueron llevados en gran mayoría de Asia y de Egipto, en donde se erigían con profusión. Cuando sobrevino la destrucción por los bárbaros, muchos de los obeliscos fueron destruidos; otros cayeron luego ante la indiferencia de las gentes. El Papa Sixto V que tanto se interesó por desenterrar las admirables antigüedades de Roma, y entre ellas los obeliscos, fué seguido por sucesores suyos, entre los cuales figura Pio IV (1775), quien mandó erigir el obelisco que constituye soberbio adorno en la plaza de la fuente, en el Quirinal, formando un conjunto de gran belleza.

En la plaza del Montecitorio, se eleva un hermoso obelisco que estuvo antes en la famosa Heliópolis, nombre que significa «Ciudad del sol», famosa ciudad egipcia, centro de la cultura y del saber, siglos antes de Jesucristo, y de la que hoy quedan (después de tantos siglos) soberbias ruinas que asombran a los viajeros.

Fuó levantado este obelisco por el Rey Psamético I (654 antes de Jesucristo). Era de una sola pieza, y adornado soberbiamente. Augusto el gran Emperador romano, lo hizo llevar a la capital del imperio, y entonces se rompió en dos pedazos. Colocado en su sitio, su altura es de 21 metros 80 centímetros.

Como hemos dicho, en Roma existen muchos y soberbios obeliscos, que son una prueba muda, pero elocuente, de la grandeza de los pueblos antiguos. Entre otros, figura el de la plaza Navona, que fué hallado en el circo de Rómulo en 1651. El Papa Inocencio X lo hizo poner en la sugerida plaza, y el famoso arquitecto Bernini, con increíble audacia, lo puso sobre un bloque de roca, hueco, en la célebre fuente que hay en aquel sitio. El obelisco tiene 23 metros 50 centímetros.

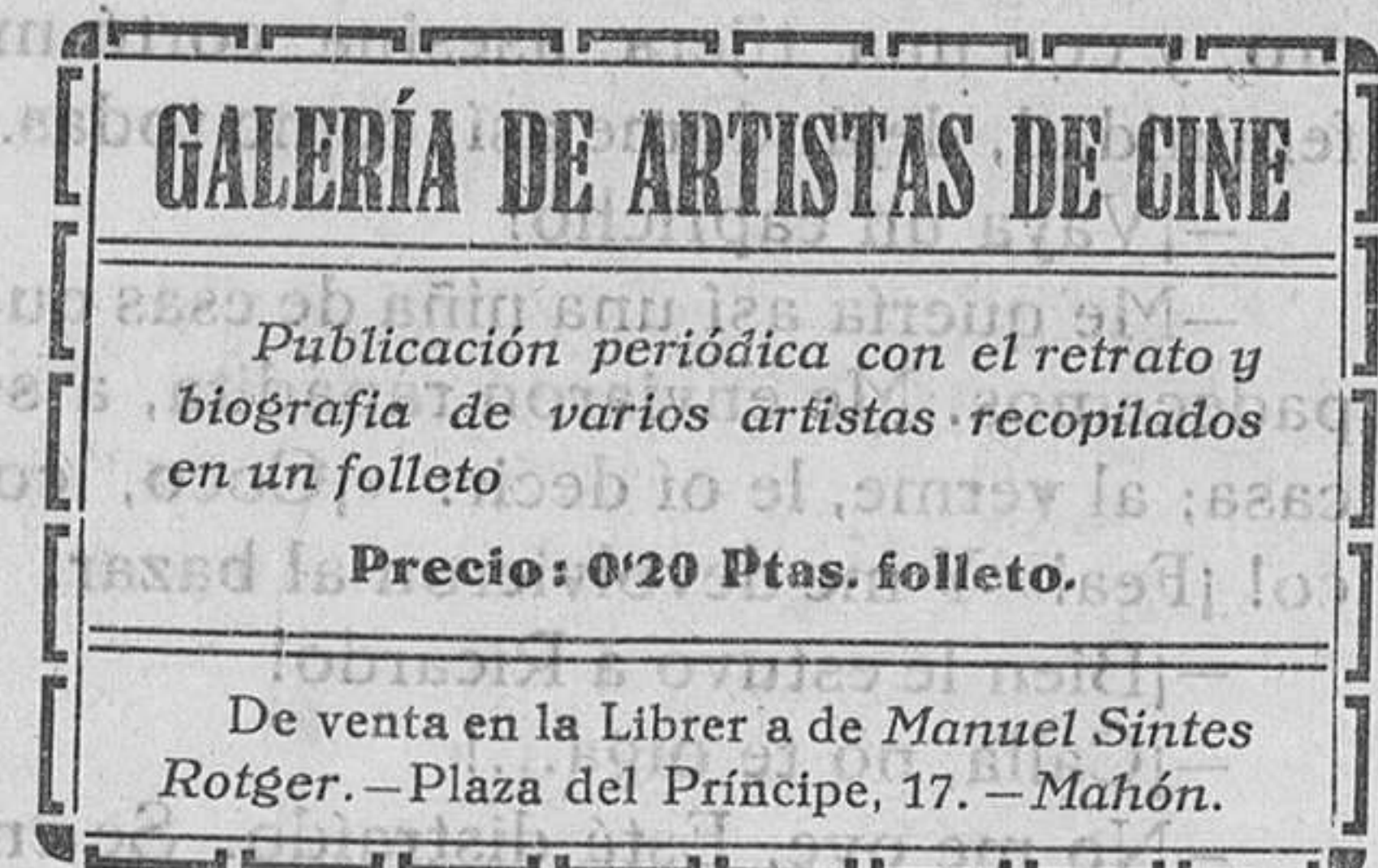
En 1665 fué hallado, cerca de la Minerva, otro obelisco muy pequeño. Era el Pontífice Alejandro VII. El monumento procedía de Egipto, y fué construido en el reinado del Rey Hofre, de la dinastía de los Faraones y contemporáneo de Tarquino Orisco.

Bernini tuvo la idea de erigir el obelisco como se ve aún: sobre un elefante de mármol. El obelisco es de una pieza, y tiene seis metros de altura.

En Menorca, apreciados lectorcitos, en esta isla que nos es tan querida a todos, podéis ver, dos ejemplares de esta clase de monumentos. Uno en la vecina villa de San Luis, en el popular Pla de se Creu, y el otro en el paseo del Borne de la prócer Ciudadela.

El obelisco que gracil, esbelto y bello se eleva en el paseo del Borne de Ciudadela, recuerda uno de los hechos de la historia menorquina, quizá el más grandioso, sublime y heroico, el día en

que la población ciudadelana, aquel pueblo de héroes y mártires, *pro aris et focis*, (por el altar y por la patria), supo derramar su sangre generosa, antes que entregarse a las huestes salvajes e invasoras de Mustafá Piali.



NOTAS DE MI CARTERA

El parque de Madrid

El parque de Madrid, más conocido por *El Retiro*, ejerce cierta atracción sobre el forastero, que a él acude con esta ilusión, que en el ánimo hace germinar siempre la relación y descripciones, que de un lugar bello y poético nos hacen.

Ocupa el parque de Madrid o *El Retiro*, una amplia zona o perímetro, en lo que fueron campos del Prado, al Este de la villa y Corte, junto al aristocrático barrio de Salamanca.

Si de la plaza de Castelar, después de contemplar la Fuente de la Cibeles, obra del siglo XVIII, que frente a la calle de Alcalá, dividiéndola puede decirse y entre los edificios del Palacio de Buenavista y Banco de España, se alza hermosa y muy madrileña, nos dirigimos a la plaza de la Independencia, admirando antes aquella hermosa obra arquitectónica moderna, que es el Palacio de Comunicaciones, siguiendo calle Alcalá arriba, pasando por la Puerta del mismo nombre de los tiempos de Carlos III, según planos y proyectos del arquitecto italiano Sabatini, bordeando la plazoleta, nos encontraremos frente a la puerta de acceso al Retiro y traspasada ésta, en la Avenida de Méjico.

La primera impresión es algo deprimente, pero esta sensación desaparece enseguida, al contemplar la grandiosidad y belleza del Parque madrileño. Siguiendo la Avenida de Méjico, llegaremos a la plaza de la que parte el paseo de Colombia, que, paralelo a la calle de Alcalá, forma, con la Avenida de Méjico, un ángulo obtuso, termina en la plaza del Salvador confinando en el paseo de Fernán Núñez (paseo de coches) frente al parque zoológico.

Siguiendo el paseo o alameda que arranca del de Fernán Núñez, llegaremos a la plaza de Honduras y de ésta nos sería fácil llegar al bellissimo estanque del Retiro, lugar predilecto de esparcimiento para los concurrentes al parque. Diríase que los madrileños, faltos de mar, concentran toda su atención en este lago en miniatura, cuyas aguas mansas, surcan botes de distinta construcción, no faltando hoy las gasolineras, que recorren las aguas muertas del estanque, llevando un abigarrado pasaje de modistillas, estudiantes y paletos.

El estanque ofrece al visitante un bello golpe de vista. Al lado opuesto del que ocupa generalmente el curioso o el desocupado, se alza el grandioso, bello y artístico monumento que remata una escultura ecuestre del Rey Don Alfonso XII, que tiene a un pie, un templete a modo de hemicycle, de elegantes y gráciles columnas, cuyo conjunto meramente artístico, es grato a la mirada y nos habla del genio creador de los hombres, de santos amores de una Reina y de un pueblo.

Admirados de la bella perspectiva que ofrece el estanque del Retiro, con su egregio monumento, nos adentramos hacia el corazón del parque y llegamos a la plazoleta de Colombia, en cuyo centro se eleva moderno templete. Es día de concierto: la notable Música del Municipio de Madrid, ofrece al pueblo uno de sus grandes conciertos. Numerosísimas personas, con religioso silencio, escuchan las bellas frases musicales de una magnífica pieza de concierto del gran Beethoven, notas que suenan en nuestra alma, despertando caras remembranzas, una dulce añoranza de seres queridos.

Finó el concierto y con esta inconsciencia tan genuina del forastero, nos dejamos llevar por el mar humano, como nave sin rumbo, sin gobierno, y nuevamente nos hallamos en el paseo de Fernán Núñez, deslumbrante de riqueza, exposición de automóviles, que en largas hileras desfilan magestuosos, mostrándonos su discordancia de tarde en tarde, algún alquilón, de famélico rocín y cochero tocado con la clásica gorra que nos habla de los tiempos idos.

Nos intrincamos por sendas de grata umbría, lugares predilectos de enamorados y poetas, en los que tejen románticos idilios, románticas parejas. En una plazoleta un grupo de colegialas juegan, saltan, ríen y cantan:

Talavera de la Reina
La tierra mía
Con sus cantares
Y su alegría...

Nuestra presencia no azara ni interrumpe la alegría de las colegialas que cada vez, con mayor ardor cantan, siguiendo el rítmico compás de esta danza infantil «Danza de los panecillos».

Llegamos en nuestro paseo al Palacio de Cristal con su exposición cerrada al público en esta hora dominguera y por el paseo del Uruguay y luego por el del Ecuador encaminamos nuestros pasos, llegando al extremo Sur del Parque, frente al que se abren los campos de Castilla, avistándose la estación de Arganda, y en primer término, los extensos prados, verdes, soleados, cruzados por la imaginaria calle del Doctor Esquerdo que constituirá algún día uno de los más populosos barrios del Madrid moderno.

No queremos salir del Retiro sin admirar la Rosaleda, este pequeño Edén en el que la mano del hombre tiene ternuras de amante para las plantas y las flores que tan amadas son por el pueblo madrileño, que en su respeto a las plan-

tas y a los pajarillos, estos pajarillos mansos del Retiro, ofrece un signo de recia cultura.

Ya en demanda de la salida volvimos a pasar junto al estanque de Alfonso XII. Solo la quilla de una barquichuela corta sus aguas quietas; en sus orillas descansan las naves, como en un puerto de refugio.

Por la avenida de Méjico, entramos en la calle de Alcalá, tachonada de luces, asateada por los faros de los autos y en la que ponen una nota estridente las campanas de los tranvías y los claxons en discordante algarabía, que preside mayestática la fuente de la Cibeles.

GABRIEL PRETUS

Palma y Octubre 1926.

EL NIÑO FEO

Para A. Riera y J. Sans, ofrenda de gratitud.

Será dichoso ese niño porque goza del cariño de su madre que le adora con amor firme y sencillo. Mas... ¿qué tiene el pobrecillo que parécenos que llora? Pues ¿quiereis que yo os entere de la pena que le hiere, ya que su mal entrevéo? Oidme todos ahora, ¿quiereis saber por qué llora? ¿sabéis por qué? porque es feo. Siempre está meditando, siempre serio, porque el mundo no se digna darle un beso al ver su rostro deforme; aunque triste, es conforme, por eso llora, por eso. Es su madre la que emjuga aquel llanto que subyuga su maternal corazón: es la expresiva caricia que él recibe con delicia. ¡Es su más grata ilusión!

No llores, niño, el desprecio, porque este mundo es necio que no comprende, orgulloso, que en tu semblante afeado puede hallar reflejado un corazón muy hermoso.

GUMERSINDO RIERA.

Mahón 26 Octubre de 1926.

CARTA A UNA NIÑA

Ayer vino a visitarnos tu amiga Isabelita, y, como no estabas en casa, la hice entrar en mi cuarto. Pasamos un rato muy agradable y me habló de su colegio. Me dijo que odia la aritmética y las lecciones de lenguaje. No comprendo para qué puede servir el estudiarlas, porque no las necesitará nunca en cuanto salga del colegio.

Le pregunté qué piensa hacer para entonces.

—No pienso hacer nada—respondió—; seré una señora, tendré mi casa.

—Eso está muy bien—le dije—; pero para tener tu casa necesitas saber aritmética.

No quería creerme, y entonces le propuse que jugásemos a las tiendas. Instalé mi tienda en un rincón, y ella, que era una señora, se fué a vivir a otro.

Vino a comprar con las moneditas de papel que he hecho para tí. Todo fué muy bien mientras le dije el importe de cada compra y mientras tuvo moneda suelta en el bolsillo; pero cuando le dejé pensar cuánto le costarían seis cuartillos de leche a cincuenta céntimos el cuartillo, y le dije que contase el dinero para ver si tenía bastante, se encontró apuradísima.

—Cref —replicó— que el tendero se lo diría a una.

—Sí —respondí—, pero es necesario que sepas si lo que dice es verdad o no lo es.

—Pero, ¿y el lenguaje? No hay necesidad de estudiarlo —decía—, porque sé hablar sin que nadie me enseñe.

—Sabes hablar, pero te equivocas muchas veces, y quien te oiga diría que eres una niña ignorante, cosa que no te hará mucha gracia. Además, necesitas aprender a hablar para enseñar a tus hijos, y que cuando salgas de casa no cometas faltas que les hagan avergonzarse porque la gente se ría de ellos.

De modo, hija mía, que te exhorto a olvidar tus prejuicios y a que perseveres con tesón en los estudios, pues aún cuando algunos son áridos, te darán frutos ópimos.

Los dos hermanos

Jerusalén era un campo cultivado: dos hermanos poseían la parte de terreno donde se levantó más tarde el templo. Uno de esos hermanos estaba casado y tenía varios hijos; el otro, en cambio, vivía solo. Ambos cultivaban el campo que habían heredado de su madre.

Llegó el tiempo de la siega y los dos hermanos ataron sus gavillas e hicieron dos montones iguales que dejaron en el campo. Durante la noche el hermano que vivía solo y sin familia se dijo: «Mi hermano tiene mujer e hijos que alimentar; no es justo que mi parte sea igual a la suya.» Se levantó de noche, fué al campo y secretamente cogió algunas gavillas y las llevó al montón de su hermano, diciendo: «Mi hermano no lo notará».

Durante la misma noche el otro hermano dijo a su mujer: «Mi hermano es joven, vive solo y sin familia, y no tiene nadie que le asista y le consuele en sus trabajos. No es justo que tomemos del campo común igual número de gavillas.» Se levantó, pues, tomó de su montón cierto número de gavillas y las llevó

al de su hermano. «No lo notará, se dijo, y no podrá oponerse a ello.»

Al día siguiente los dos hermanos se fueron al campo y cuál no fué su sorpresa al ver que los montones eran iguales. Ninguno podía explicarse caso tan extraño. Durante varias noches consecutivas los dos hermanos se levantaron para llevar cierto número de gavillas al montón de su hermano; pero como los dos llevaban la misma cantidad, los montones permanecían siempre iguales, hasta que una noche los dos se quedaron de centinela para conocer la causa del misterio y se encontraron llevando mutuamente las gavillas al montón vecino.

El lugar donde tan hermosa acción se había ejecutado durante varias noches debía ser muy agradable a Dios, y los hombres lo bendijeron y lo escogieron para construir el famosísimo templo de Jerusalén.

INMACULADA

NOVELA ORIGINAL DE
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

Obra laureada con el premio
Juana y Rosa Quintana

Precio 3 pesetas.

VÉNDESE EN MAHÓN EN LA LIBRERÍA DE
MANUEL SINTES ROTGER — Plaza del Príncipe, 17.

Diálogo entre muñecas

(Una muñeca descolorida, cansada de exhibirse, sin que nadie la compre, a pesar de su snobismo con melenita a la garçonne, párpados azules, boca de figura de naípe francés y «robe» levisimo, descotado hasta el alma):

—Totó, ¿Me oyes, Totó? No te veo más que un ojo, por entre esas cajas. ¿Duermes, Totó?

—Estoy cansada de sostener siempre este aparato mata-moscas, que han puesto sobre mí. Se le sale el líquido: ha disuelto mi boca, y el carmín me escurre, como sangre...

—¡Calla! Habla bajo... Hay alguien viéndome ante el escaparate.

—¡Qué raro, Lili! La veo con este ojo libre: tiene el pelo como yo lo tenía... Sonríe... Se va. No le gustas.

—A lo mejor, ha venido a verme por copiarne. ¡Esa no garzonal! (Pausa. Luego un suspiro).

—¡Ay! Tengo las piernas dormidas. ¡Un año ya en la misma postura! ¡Qué

aburrimento! Nadie nos quiere. Pero nos roban. Se pintan los labios en forma de corazón y los ojos, imitándonos; se rapan hasta dejarse la melenita a ras de las ideas.

—Como nos la dejaron a nosotras, cuando nos trajeron de París.

—A mí, no. Yo tenía una cabellera magnífica, de oro veneciano. Cuando me pidieron de Murcia, un director muy espiritual, que sabía Historia del Arte, me peinó en dos trenzas y las enrolló sobre mis temporales, dándome así cierto parecido con la Dama de Elche, por hacerme simpática a las murcianas, que conservan rasgos de esa escultura...

—¡Como la muñeca que ha venido a verte! Pero tu estás rapada a lo «bob».

—Cierto. Me pesa. Un día, nuestro amo Ricardo destrenzó mis rodetes de oro, y con una tijera asesina cortó mi feminidad, dejándome así, como todas...

—¡Vaya un capricho!

—Me quería así una niña de esas que padecemos. Me enviaron rapidita, a su casa; al verme, le oí decir: «¡Coco, cocol ¡Feal!» Y me devolvieron al bazar.

—¡Bien le estuvo a Ricardo!

—¡Calla, no te oiga...!

—No me oye. Está distraído. Se entretiene en decapitar muñecas.

—Es muy malo. Me cogió al devolverme; quiso arrancarme la piel para ponerme otra peluca de cabellos largos. Yo, aterrizada, llamé a gritos, con esas dos palabras que ya no puedo decir, y que son las que primero aprende todo niño. Porque yo decía esas palabras, ¿sabes? Mas al arrancarme la peluca, arrancó Ricardo con ella el aparato de decir... Y me estropeó para siempre. ¡Malditos hombres!

Por eso soporto, resignada, el peso de mi desventura y el de este aparato mata-moscas, sin poder decir las dos palabras más gratas que podemos decirnos en la vida para consuelo nuestro; con la peluca a lo bob, despegada y soportando la tortura de la presencia de ese asesino que va y viene por el bazar. En mangas de camisa y con el pelo más corto que el de mi cabeza.

Por la indiscreción,

LUIS GIL DE VICARIO

T. B. O.

SEMANARIO INFANTIL

Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados

Historietas — Cuentos — Chascarrillos.

Precio: 0'10 pesetas.

Véndese en Mahón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza del Príncipe, 17.

TE CONVIENE SABER...

Que por medio de un cortaplumas, se practica un orificio de unos tres milímetros de diámetro en el fondo de una cápsula de estaño (de las que sirven para tapar botellas), cuidando de que resulte perfectamente regular. Se coloca en el orificio una gota de agua, que en virtud de la adherencia no caerá y adoptará una forma biconvexa, de gran curvatura, constituyendo un microscopio de considerable aumento.

Que de ser posible recibir en los diferentes planetas los mensajes de nuestras estaciones radioemisoras tardarían en llegar lo siguiente: Venus, 2 m. 18 s.; Marte, 4 m. 21 s.; Júpiter, 35 m. 15 s.; Saturno, 1 h. 11 m.; Urano, 2 h. 32 m.; Neptuno, 4 h. 24 m., la luna, 1 m. 1'4 segundos, y a la estrella más cercana, 4 años, 19 horas y 12 minutos.

SALDO DE CHISTES MALOS

ALCALDADA

Se trata de un monterilla rural que se las daba de leído y entendido. En cierta ocasión le dieron a leer una carta que miraba y remiraba, colocando los caractere invertidos.

Lo notó un vecino, y lo dijo: —Señor Alcalde, ¿cómo ha de leer usted si están las letras de cabeza p'abajo? Y el Alcalde contestó:

—De las dieciocho cosas que no t'importan, esa una. ¡Con las letras cabeza arriba o cabeza abajo, soy el Alcalde! ¿Lo oyes? ¡El Alcalde! Te callas y me dejas hacer, ¡jrediez!!

En una cocina se hallaban tres personajes: un sordo, un ciego y un calvo.

—Dice el sordo: Oigo ruido de cuchillos

—El ciego: Ya los veo brillar.

—El calvo: Callad, que se me eriza el cabello.

—¿Qué carrera quieres estudiar, Pepito?

—Mira papá; como soy bajito, estudiare derecho a ver si crezco.

En la zapatería:

—Deme usted unas botas para mi madre, pero que no hagan daño.

—¿Cómo que no hagan daño?

—Sí, señor; que no hagan daño cuando mi madre me las tire a la cabeza.

—¿Qué gilen trebajao es usté, tío Damián!

—Y tú, mañico, ¿qué vas a ser?

—Yo... uno de esos tíos q'hacen calindarios.

—¿Ocurrencia, y qué pa qué?

—¡Otra que pa qué! para poner tres u cuatro domingos en cada semana.

Imp. de Manuel Sintes Rotger. — Plaza del Príncipe, 17.

FOLLETÍN DE «EL BIEN PUBLICO»

INMACULADA

—POR—
RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(8)

Su madre... sí, su madre debía quererla ya, aunque por amor propio o terquedad no lo confesase. Pero de Marisa no había que esperar sino una franca hostilidad.

Agustín presentaba la guerra cruda de afileraos incisivos; toda la reata de molestias y torturas que tendría que sufrir la infeliz, acostumbrada a la buena voluntad y a las sinceridades de sus amigos. De toda esta paz del vivir sencillo que iba a perder, y de todo este cariño la compensarían el lujo de su nueva instalación, el refinamiento del ambiente, las adulaciones y galanferías que de ser bonita, rendiríanla pródigos los hombres? Y toda esta tolvenera de vanidades, todo este humo de grandezas, ¿no se le subirían al cerebro y la trastornarían completamente? Alma cándida y primitiva, ¿qué sería de su tranquilidad y de su dicha, si un sueño imprudente llegaba a agitar la quietá laguna de sus esperanzas?

Unicamente, de volver triunfante su padre, con una de esas fortunas estu-pendas e inverosímiles, podría realizar su quimera. En caso contrario, sería

el retorno a la aldea con el alma sin fe, el corazón sin calma y la vida rota. Agustín recordaba el sufrimiento agudo y la inmensa pena que le dominaron como losa de plomo allá en los albores de su adolescencia, cuando se quebró al tirón brutal de la realidad la trama sutil de su primer sueño de amor...

Y al pensar que la ignorante chiquilla, arrancada por él a la paz bendita de su aldea, pudiese sufrir junto a ellos, sintió una inquietud angustiosa. Era tarde para volverse atrás; la carta corría ya hacia la montaña, y llevaría en breve al tranquilo retiro de la muchacha el revuelto tentador de unas ilusiones nuevas. La deslumbradora visión de un porvenir brillante, maravilloso como un cuento de hadas.

Agustín se estremeció... —Hace fresco aquí fuera, Agustín —dijo la suave voz de su madre, poniéndole una mano sobre el hombro—. Entra.

—Voy... Pero no se movió. El sol hacia rato que se durmió tras de unos pinos grises. Las yuntas y los braceros volvían del laboreo, rendidos. Las chimeneas del pueblo se empenachaban de humo y el jardín olía a rosas, a claveles, a flor de acacia y de azahar. Y, como en la mañana, Agustín Montellano no se empapaba de esta armonía sugestiva. Pesó al hábito del propio dominio, su

bella cara decía una honda preocupación... ¿Pensaba en su novia? No; probablemente pensaba en aquella joven alma a quien iba a sumergir en el más falso y peligroso de todos los mundos. ¿Cómo no había precavido antes estos escollos? Hundió más los ojos en la negrura del pinar, a través de cuyas copas las candelillas oscilantes de los zaguanes labriegos bailaban una extraña danza, y suspiró...

III

La niña aldeana

La señora viuda de Montellano hizo un misterio de la llegada de su sobrina. Temía de tal modo este momento, en que no estaba muy segura de vencer su emoción, que decidió alejar a todos sus hijos a fin de que su primer encuentro con la muchacha tuviera lugar a solas. Era muy altiva y muy terca, y por nada del mundo hubiese consentido en volver sobre sus acuerdos. Había dicho años atrás, que no perdonaría a su hermana la vergüenza que la infligió, y que jamás permitiría que pusiera un pie en su casa, y así lo hizo, aun cuando en varias ocasiones lloró y sufrió por ella, sintiendo vehementísimos deseos de dar al olvido lo pasado y estrecharla en sus brazos. Había dicho ahora que únicamente recibía en su casa a su sobrina, porque

las conveniencias se imponían, y así había de ser para todos, aun cuando en el fondo de su corazón sintiese ya por ella un cariño ferviente. De aquí, que no deseara testigos para su primera entrevista. Unicamente Agustín, supo el día y la hora de la llegada. También él, que conocía a su madre, se abstuvo de ofrecerse a acompañarla a la estación; la vio salir en uno de los automóviles de la casa, vestida con su sencilla elegancia incopiable, y encogiéndose de hombros, enfascóse con el ingeniero y electricistas en la delicada faena de instalar un gran transformador; pero toda la tarde anduvo con el oído alerta, figurándosele cada extraño trepidar que parecía, el del motor de su auto, y encontrando en la razón directa de su impaciencia, larguísima la espera. La demás gente joven de la casa había marchado a una finca vecina, donde se jugaba diariamente al tennis.

Lentamente, la señora viuda de Montellano paseábase por el mezzquino andén de la estación de Portell, pueblo pequeño, al cual daban vida las fábricas de Agustín; esperó un buen rato, presa de una impaciencia que la ponía nerviosa... Al fin oyó un ruido sordo y lejano, asombrándose que el empleado no tocase la campana ni hiciese señal alguna. Resultó que era un mercancías con larga reata de vagones cargados de

carbón de piedra; pasó lentamente, chiriando los ejes sin engrasar, con ruido destemplado de herrajes y vaivenes violentos que producían topetazos desagradables; no paró su marcha de tortuga. Oyó cómo un empleado decía que debían ceder el paso al correo en la estación inmediata.

El sol comenzaba a hundirse y la noche caería encima muy pronto, envolviéndolo todo en su misteriosa penumbra. Casi se alegró de ello la señora; cuanto más desapercibida pasara la llegada de la sobrina, tanto mejor. Ya se asustaba pensando en el azoramiento inevitable de la muchacha ante el lujo de la instalación y las caras desconocidas de los primos; su amor propio padecía al solo pensamiento de que la servidumbre se aperciese de las faltas que pudiera cometer, o del aspecto ordinario que sin duda ofrecería. ¡Pobre niña! Ya la disculpaba bien la dama y pensaba cómo hubiese sido de primorosa la niña única, si la madre, tan elegante y tan mundana, hubiese vivido, si la hubiese podido imprimir el sello que distingue a las razas educadas. Así... ¿quién sabe lo que podría esperarse de una naturaleza modelada por el buril de la cultura, dejada crecer a su antojo en la libertad sin límites de un medio casi primitivo, en manos de la abuela... una vieja señora de raigambre hidalga, pero que al roce del ambiente rústico del pueblo,